

EL HERMANO ANTENOR Y SU PROSELITISMO MASÓNICO EN CUENCA

ÁNGEL LUIS LÓPEZ VILLAVERDE
ÁNGEL RAMÓN DEL VALLE CALZADO

RESUMEN

El artículo analiza la trayectoria masónica de Rodolfo Llopis con el objetivo de establecer su vinculación con otras facetas en las que destacó. El pedagogo se hizo socialista para poder transformar una sociedad injusta y entró en la masonería para entablar estrechas relaciones con otras personalidades que, desde distintos ámbitos, estaban insatisfechas con la España alfonsina. La masonería, faceta complementaria de la pedagogía y la política, resulta así ser otra de las vertientes de su compromiso social. La evolución masónica de Llopis conoce varias etapas. La primera, que se inicia con su iniciación en 1923, es la más fecunda y se desarrolla fundamentalmente en Cuenca durante la dictadura primorriverista hasta alcanzar el grado de maestro. La segunda, con una actividad masónica más pausada, cuando no alejada o «durmiente», es la de los años republicanos coincidiendo con el aumento de sus tareas de gestión política de la educación. A pesar de todo Llopis no abandonará la masonería hasta bien avanzado su exilio.

ABSTRACT

The article analyzes Rodolfo Llopis's involvement with the Masons with the objective of establishing a link with other important areas of his life. The educator became socialist to be able to transform an unjust society and he entered the Masons to form closer relationships with other personalities that, coming from different backgrounds, were unsatisfied with the Spain *alfonsina*. Masonry, complementary facet to pedagogy and politics, turned out to be another expression of his social commitment. Llopis' involvement with the Masons went through several stages. The first one began with his initiation in 1923, it was the most fertile developed fundamentally in Cuenca during the dictatorship *primorriverista* until obtaining his teacher's degree. The second, more leisurely, was during the republican years when he was more occupied with the political administration of education. In spite of everything Llopis didn't abandon the Masons until he had been in exile for some time.

PALABRAS CLAVE

Masonería, Sociedades Secretas, Anticlericalismo, Dictadura de Primo de Rivera, Exilio.

KEYWORDS

Masonry, Secret Societies, Anticlericalism, Primo de Rivera Dictatorship's, Exile.

El 27 de junio de 1923, dos meses y medio antes de que el general Primo de Rivera pusiera fin a la moribunda experiencia de monarquía constitucional, Rofolfo Llopis se iniciaba a la masonería a través de la logia madrileña «Ibérica número 7». Con ello, el pedagogo que había decidido militar unos años antes en la UGT y el PSOE —por ser las organizaciones que podían hacer realidad sus anhelos de renovación pedagógica y combatir de manera vehemente contra el analfabetismo—, establecía estrechas relaciones con otras personas que, apoyándose en la discreción y la hermandad masónicas, abogaban por un futuro diferente para el país.

A partir de aquí, conviene precisar hasta dónde llegó su compromiso masónico, su actividad y su proselitismo al respecto. Para responder a estas preguntas resulta necesaria la consulta de la única —aunque breve y con algunas imprecisiones sobre algunos masones conyungentes— aproximación a su vertiente masónica (Cruz, 1990). Lamentablemente, la personalidad de Llopis, pese a su relevancia en la España del siglo pasado, no ha sido objeto de una biografía seria hasta fechas recientes (Vargas, 1999) y, en ella, su participación masónica se estudia en apenas dos páginas. Y eso pese a que su biógrafo reconoce que «no debe subestimarse la filiación masónica de Llopis» (Vargas, 1999, p. 75) y que Cruz (1990, p. 695) llega a calificar su vinculación con la masonería como «amplia e intensa». No en vano, en la actualidad, el nombre de Rodolfo Llopis aparece destacado con mayúsculas en las *webs* de la Gran Logia de España (www.gle.org) o del Grande Oriente Español.

En realidad, quienes primero destacaron la vinculación masónica de Llopis fueron sus detractores (Comín Colomer, 1954, pp. 160-161) a la hora de referirse a su influjo en otros compañeros del equipo ministerial de Instrucción Pública, con acusaciones muy genéricas, exageradas y fruto del ambiente de demonización del llamado «contubernio judeo-masónico-comunista» aireado por el régimen franquista y contundentemente refutado por los historiadores más solventes (Ferrer Benimeli, 1982).

Precisamente ha sido este profesor aragonés, Ferrer Benimeli, el impulsor, desde fines de los años sesenta, del estudio de la masonería española a través de sus obras, su magisterio y la organización de congresos internacionales mediante el Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (C.E.H.M.E.). Gracias a ello, su estudio ha pasado a ser de interés para los departamentos universitarios y se han elaborado estudios nacionales (Ferrer Benimeli, 1980) y otros de carácter más local o regional que han contribuido a disipar las imágenes tenebrosas, leyendas infundadas y multitud de tópicos que especuladores de todo tipo habían ido vertiendo durante siglos sobre la «orden de la escuadra y el compás» por el hecho de ser una sociedad *secreta*. Claro que también los propios masones han contribuido a dificultar la comprensión de esta sociedad que ellos prefieren considerar como *discreta* debido a su fragmentación en multitud de ritos y obediencias, así como a la duplicidad entre talleres regulares e irregulares. Conviene, pues, llegados a este punto, y con el fin de perfilar el tema que nos ocupa, esbozar una breve aproximación al significado y trascendencia de la masonería española contemporánea.

No contribuye mucho a su esclarecimiento la definición demasiado genérica que los propios masones le otorgan en el *Diccionario Enciclopédico de la Masonería* como «asociación universal, filantrópica, filosófica y progresiva [que] procura inculcar en sus adeptos el amor a

la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, desarrollar los sentimientos de abnegación y caridad, la tolerancia religiosa, los deberes de la familia [...]» (Ferrer Benimeli, 1989, p. 13). Es mejor definirla subrayando más bien lo que no es; nada tiene que ver con el judaísmo, ni con el comunismo, ni con el satanismo y tampoco es una religión, una filosofía o una ideología política. Es más bien, un método y una escuela de formación humana, por encima de las ideologías partidistas, que asume un conjunto de valores como la libertad, igualdad, fraternidad, justicia, paz y derechos humanos.

Pero también conviene establecer diferencias en función de sus etapas y de sus afinidades o rechazo a su regularización. La mayoría de sus símbolos (escuadra, nivel, regla, Gran Arquitecto del Universo o G.A.D.U.) y su nombre (*franc* o *fre*, esto es, libre, y *mason*, albañil) desvelan los orígenes medievales de la francmasonería, relacionados con los antiguos gremios o hermandades de constructores de catedrales cuya finalidad era compartir los «secretos» técnicos y de orden ritual así como procurar el bienestar material y espiritual de sus miembros. Pero de esta masonería *operativa* (limitada a los constructores) se pasará a la fase *especulativa* cuando, tras entrar en la misma otros profesionales (masones honorarios) no vinculados a la construcción, que asumen sus ritos, símbolos y espíritu fraternal, acaben predominando éstos últimos.

La regulación de la masonería especulativa parte de las constituciones de James Anderson en 1723, que establecía los «deberes» (entre los que destaca la creencia en el G.A.D.U.), un reglamento para las logias (que impide hablar de religión o política y admitir mujeres en su seno) y los cantos para los tres grados (aprendiz, compañero y maestro) iniciales. Pero esta masonería regular anglosajona se extendió al resto de Europa a partir de múltiples obediencias que, por salirse de las normas de Anderson y asumir aportaciones procedentes tanto del racionalismo y el liberalismo, por un lado, como de la alquimia o la teosofía, por otro, son consideradas *irregulares*. Éstas tuvieron en Francia su mayor arraigo y de aquí se extendieron a España a partir de la invasión napoleónica.

En nuestro país, la francmasonería estuvo prohibida durante buena parte del siglo XIX (con excepción del trienio liberal y el sexenio democrático) y se envolvió de un carácter conspirador y una politización extrema que le llevó a participar en las coyunturas revolucionarias y a asumir posiciones claramente anticlericales, debido a la actitud beligerante de la Iglesia contra la misma. Pero también provocó la multiplicidad de obediencias y ritos existentes, situación que se evidenció en la Restauración en el que se abre un etapa de tolerancia y legalidad de las sociedades masónicas, que convirtió a ese periodo en la edad de oro de la masonería española.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera —años en los que ejerció su más intensa labor masónica Llopis—, la masonería española se hallaba de nuevo en una difícil situación y algunos talleres pasaron a la clandestinidad, pero eso no interrumpió su reorganización ni su crecimiento numérico (Avilés, 1985, p. 41). Al llegar la II República existían en España dos grandes obediencias rivales: el Grande Oriente Español (GOE), al que pertenecía Llopis así como un gran número de destacados políticos españoles, y la Gran Logia Española, implantada casi exclusivamente en Cataluña.

Tras esta inevitable digresión, debemos recuperar el hilo conductor de nuestro artículo. En este contexto de politización y clandestinidad, pero también de unión en torno a unos valores de moral universal compartido por cierta elite cultural más allá de los límites partidistas, Rodolfo Llopis decidió ingresar en la masonería. Eligió, como era preceptivo, un nombre simbólico que, como la mayoría, era de reminiscencias clásicas, siendo conocido entre sus «hermanos» como *Antenor*. Asumía así el nombre de un príncipe troyano, consejero del viejo Príamo, cuya figura aparece en la *Iliada* con un perfil contradictorio, pues, por un lado es considerado uno de los gerontes más sabios de Troya, partidario de las soluciones pacíficas y anfitrión de Ulises, pero acaba transformándose en un traidor a su patria y un aliado de los griegos, que tras la ruina de Troya se retiró al norte de Italia. Sin duda, Llopis eligió a este personaje mitológico no tanto por esta segunda parte de su figura, sino más bien por su carácter diplomático y apuesta por el diálogo.

Llopis se inició en la masonería a través de la logia madrileña «Ibérica n.º 7», fundada en 1889 y que había jugado un papel importante en la incorporación de conocidos intelectuales a la masonería. En 1923 «Ibérica n.º 7» pertenecía a la Gran Logia Regional del Centro, una de las siete grandes logias regionales en las que se organizaba el G.O.E. Fue ganando grados con rapidez, alcanzando el 5 de enero de 1924 el grado de compañero y el 16 de diciembre de ese mismo año el de maestro (Cruz, 1990, p. 689).

A partir de su maestría masónica, y con la ayuda de la citada logia madrileña (de cuyo pasado especialmente propagandista da cuenta Cruz, 1990, p. 690), se dedicó a su labor de proselitismo masónico en Cuenca, donde había llegado en 1919 como profesor de la Escuela Normal de Magisterio. Por tanto, a la conocida influencia de Llopis en el socialismo conquense durante los años veinte del pasado siglo, hay que sumar también la iniciación masónica. Sus frutos culminarán en el taller «Electra» desde aproximadamente 1925 —aunque no apareciera en las estadísticas del G.O.E. hasta dos años más tarde—, primero como triángulo (la mínima expresión de asociación masónica, que requiere al menos de tres miembros) y desde 1930 como logia (requiere un mínimo de siete miembros) (López Villaverde y Del Valle Calzado, 1990, p. 63). En el nombre del taller conquense vuelven a aparecer clarísimas reminiscencias clásicas (el mito de Electra, que desarrollaran las tragedias de Sófocles y Eurípides) aunque también adquiriría en la época una estrecha relación con la dualidad luz/oscuridad-progreso/integrismo, muy del agrado de los ambientes masónicos.

De la íntima unión entre vocación profesional, política y masónica da cuenta que la mayoría de los masones conquenses se movieran, a diferencia de lo que era normal en otras logias españolas —donde predominaban los republicanos— dentro del ámbito del socialismo y que algunos de ellos fueran también docentes. Es decir, estaban en torno a los círculos más frecuentados por el hermano Antenor.

Al primero que captó fue al socialista, catedrático de ciencias naturales del instituto de Cuenca y vinculado como él mismo a la Institución Libre de Enseñanza, Juan Giménez de Aguilar, en la temprana fecha de 1923. Iniciado en «Ibérica número 7», *Juan de Valdés* —escogió este simbólico por su admiración a este gran un humanista y heterodoxo conquense, autor

de los *Diálogos*— obtuvo la maestría en junio de 1927. La afinidad en todos los órdenes y la amistad personal entre Llopis y Giménez de Aguilar explican esta temprana captación, aunque éste último contaba además con antecedentes familiares (su padre y su abuelo habían sido también masones) y esta circunstancia allanaba el camino. Buscaba en la masonería un ambiente más favorable y libre para colmar su afán de conocimiento y sus tareas se centraron en la enseñanza del complicado ceremonial y del cumplimiento de los deberes filantrópicos. Como ocurrió con otros «hermanos», la vinculación masónica de Giménez de Aguilar se fue diluyendo en la década de los años treinta y dejó de cotizar a la masonería en 1934, lo que no le impidió que fuera detenido en 1939 y utilizado de «cabeza de turco» de la represión antimasonica de posguerra en Cuenca (López Villaverde y Del Valle Calzado, 1996).

El siguiente masón conquense al que inició Llopis (el 7 de junio de 1925) fue el también socialista y profesor Crédulo M. Escobar. Este mordaz anticlerical (a la vez que excelente conocedor de las Sagradas Escrituras), de simbólico *Prometeo*, obtuvo el grado de maestro en abril de 1928 e incluso, en 1937, llegó a figurar, junto a Llopis, en la relación de maestros que estaban en condiciones reglamentarias para ser elegido Gran Maestro Nacional.

Con la iniciación de Giménez de Aguilar y de Crédulo M. Escobar (y probablemente también del oficial de correos Ángel Sánchez Villacañas) en la madrileña «Ibérica n.º 7» se podía constituir a la altura de 1925 un triángulo masónico en Cuenca. De ahí arrancaba la trayectoria de «Electra», encabezado por Llopis y del que Escobar era el secretario y Giménez de Aguilar el Primer Vigilante.

Mientras tanto, la actividad masónica de Llopis no se circunscribía a la teoría, pasando a la acción con la liberación de dos religiosas de un convento de Cuenca entre 1924 y 1925. Para ello, el hermano *Atenor* promovió una recogida de fondos entre los masones españoles con el fin de proporcionarles asistencia médica y económica a las ex monjas e incluso apoyó el matrimonio de una de ellas (Cruz, 1990, pp. 690-691; Vargas, 1999, p. 33). Este tema es una muestra más de su marcado carácter anticlerical, presente no sólo en la masonería española de la época sino también en ambientes «profanos», pero, como ocurre con Crédulo M. Escobar, argumenta sus críticas con precisas argumentaciones. En cualquier caso, debió de ser un asunto de gran impacto en una ciudad tan clerical y levítica como Cuenca.

La ampliación de la nómina de masones conquenses hubo de aguardar aún tres años. En 1928 ingresaron en «Ibérica n.º 7» y en «Electra» los dirigentes socialistas Francisco Delgado del Hoyo y Aurelio Almagro —aunque éste último no aparecía inscrito, acaso por error, en el taller conquense—, el republicano Aurelio López-Malo y el cenetista Felipe de la Rica, si bien la fecha de ingreso de éste se mueve entre 1928 y 1930. Por lo tanto, Llopis consiguió reunir antes de 1930 el número suficiente de miembros para que el taller pasara de triángulo a logia.

El taller conquense, que unía a profesores y obreros, a políticos y sindicalistas, se inició con vitalidad en 1925, consiguió crecer en 1928 pero su vida no fue demasiado boyante —como reconocía el propio Giménez de Aguilar en su declaración-retractación de 1940— (López

Villaverde y Del Valle Calzado, 1996, p. 1153). Una buena muestra de su debilidad era que la vinculación de los últimos iniciados (salvo de la Rica) no pasó del primer grado. Y así, fue muriendo por inanición, antes incluso, de la llegada de la II República, aunque durante hasta 1932 siguiera figurando en los listados de su oriente (Ferrer Benimeli, 1988).

De todos modos, su postrera aportación fue la tirada de un decenario del mismo nombre, *Electra* (López Villaverde y Del Valle Calzado, 1993), cuya incidencia en el avance del republicanismo y al establecimiento de lazos entre republicanos y socialistas en la provincia está claramente documentada (López Villaverde y Del Valle Calzado, 1995). Se trata de la muestra más palpable de interacción entre la logia y la sociedad cuense. De nuevo en esta iniciativa periodística, *Electra*, volvían a unirse las plumas de Llopis (en este caso como una especie de director en la sombra, pues durante 1930 estuvo en tierras americanas estableciendo contactos en nombre del G.O.E. con maestros masones del cono sur latinoamericano), Escobar y Giménez de Aguilar, como habían hecho anteriormente en *La Lucha*, pero ahora se sumaban las firmas de casi todos los masones de la logia cuense.

La ausencia de Cuenca durante 1930 y la asunción de la Dirección General de Primera Enseñanza por el hermano *Atenor* apenas proclamada la II República, significó no sólo el final del decenario sino también la práctica defunción de la logia cuense. De todos modos, sus fines habían quedado ya prácticamente cumplidos.

El año 1931 marcó un punto de inflexión en la militancia masónica de Llopis. Si en julio de 1931 llegaba su apogeo tras ser nombrado segundo vicepresidente de la comisión permanente del Gran Consejo Federal Simbólico del GOE en Madrid, desde entonces sus lazos masónicos se volvieron «laxos y menos continuos» (Cruz, 1990, p. 693) debido a las divergencias entre los propios masones. Los lazos que antes les unían —la oposición a un sistema caduco y corrupto— se habían borrado y ahora les separaban profundas diferencias en función de las distintas propuestas partidistas en torno a las cuales articular la gestión del gobierno de la República.

La pregunta que surge es la posible incidencia de la masonería en el ascenso político de una figura como Llopis. En este caso es difícil calibrar su influjo porque, en realidad, las tres facetas que en un principio señalábamos (pedagogo, socialista y masón) iban de la mano. No cabe pensar que su pertenencia a la masonería lo aupara a la Dirección General de Primera Enseñanza, sino más bien su perfil profesional y su apuesta por la profunda renovación de la educación en España. Aquí, como en otros casos similares, cabe aplicar la afirmación del profesor Avilés (1985, pp. 357-358) de que la presencia de varios masones en el gobierno no respondía tanto a su iniciación masónica como a su militancia política.

Desde entonces, sus contactos con la masonería se limitaron a la participación y presidencia en un organismo paramasónico como la Liga de Educación y Enseñanza (LEYE), creado por las logias madrileñas del G.O.E. en 1933, y a la presencia de su nombre en algunas elecciones de maestros masones para ser elegido Gran Maestro Nacional (Cruz, 1990, p. 694).

Tras el frustrante desenlace de la guerra, Llopis se exilió a Francia, evitando así ser condenado primero por la más genérica ley de «Responsabilidades Políticas» de 9 de febrero de 1939 y, después, por la más específica ley para la «Represión de la masonería y el comunismo» de 1 de marzo de 1940, que habían provocado, por ejemplo, la condena de su amigo Giménez de Aguilar. Durante el exilio se afilió durante las décadas de los cuarenta y cincuenta a algunas logias francesas («Reconstrucción», de Toulouse, primero, y «Franklin Roosevelt», de Montauban, después) promovidas por exiliados españoles y fue nombrado miembro de honor de la norteafricana logia «Casablanca n.º 1» (Cruz, 1990, pp. 694-695). En los años sesenta, sus labores profanas (la presidencia del PSOE y de un supuesto gobierno republicano en el exilio) le decidieron a abandonar la logia de Montaubán, si bien no dejó de mantener algún tipo de relación con el G.O.E. (Vargas, p. 33). En cualquier caso, la masonería ya no era aquella sociedad donde la clandestinidad y su carácter secreto habían posibilitado establecer planes conspiratorios o de transformación social. El exilio y la evolución de la propia orden habían precipitado su decisión de pasar de «durmiente» a cesar en su filiación masónica.

Ahora bien, pese a su evolución al respecto, «los ideales masónicos ocuparon un lugar de importancia en la cosmovisión y en la filosofía personal de Rodolfo Llopis» (Cruz, 1990, p. 695.). Tras su efímero regreso a España y su fracaso al frente del PSOE histórico, volvió a Francia, donde pasó al «Oriente Eterno» en 1983.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AVILÉS FARRÉ, Juan (1985). *La izquierda burguesa en la II República*. Madrid: Espasa-Calpe
- COMÍN COLOMER, E. (1954). *Historia secreta de la Segunda República*. Madrid: Nos.
- CRUZ, J. Ignacio (1990). Rodolfo Llopis. Análisis de su biografía masónica. En IV Simposium Internacional de historia de la Masonería Española, *Masonería, revolución y reacción* (vol. II, 687-695). Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- FERRER BENIMELI, J. A. (1980). *Masonería Española Contemporánea*. Madrid, Siglo XXI.
- FERRER BENIMELI, J. A. (1982). *El contubernio judeo-masónico-comunista*. Madrid.
- FERRER BENIMELI, J. A. (1987). Las logias del Grande Oriente Español (1900-1936). En *Masonería, Política y Sociedad* (vol. II, pp. 21-27). Zaragoza: C.E.H.M.E.
- FERRER BENIMELI, J. A. (1989). Qué es la masonería. En 1728. *La Masonería española. 1939*. Alicante.
- FERRER BENIMELI, J. A. y MÁRQUEZ SANTOS, F. (1988). Fuentes, Metodología y cartografía para el estudio de la masonería en Castilla-La Mancha. En I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, *Transformaciones burguesas, cambios políticos y evolución social* (T. IX, pp. 143-151). Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis y DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (1990). Masonería conquense durante la II República. El triángulo Electra. *Revista Cuenca*, 36, 59-70.
- LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis y DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (1993). Masonería y prensa. El caso del decenario *Electra*. En J. A. FERRER BENIMELI (coord.), *Masonería y periodismo en la España contemporánea* (pp. 287-293). Zaragoza: Universidad.
- LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis y DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (1995). La masonería en el avance del republicanismo conquense: la logia y el decenario *Electra*. En J. A. FERRER

BENIMELI (coord.), *La masonería española entre Europa y América* (vol. II, pp. 659-670). Zaragoza: Gobierno de Aragón.

LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis y DEL VALLE CALZADO, Ángel Ramón (1996). Represión antimasonónica en Cuenca. El caso de Juan Giménez de Aguilar. En J. A. FERRER BENIMELI (coord.), *La masonería en la España del siglo XX* (vol. II, pp. 1143-1155). Toledo: UCLM y Cortes de Castilla-La Mancha.

VARGAS, B. (1999). *Rodolfo Llopis (1895-1983): una biografía política*. Barcelona: Planeta.